

La vuelta del hijo pródigo

Diego San José

PRIMERA PARTE

I

Poco hacía que el esquiloncillo del vecino monasterio de las Trinitarias se oyera en todos los ámbitos del cortesano barrio llamando a coro. Sacaba a la calle la recordación de los piadosos menesteres de las humildes esposas del Señor, y parecía convidar a los vecinos al recogimiento.

Los transeúntes se paraban allí donde les cogía el metálico sonido y, destacándose los chapeos y haciendo las mujeres la señal de la cruz, rezaban la salutación del Ángel a María cuando vino a anunciarle que sería madre del Redentor del Mundo. Después de cumplido el piadoso menester proseguía cada cual su camino y volvían a subir hasta las mismas guardillas los pregones de las verduleras, las lamentaciones de los mendigos y las coplas de los ciegos.

Todo era paz en la casa. El alma de ella, doña Aurora, allá por los aposentos interiores disponía y revisaba las domésticas faenas.

Clara Antonia se recogía en el cuarto destinado a la labor bordando un escapulario, y don Juan Gabriel, en la somnolienta penumbra de su estudio muy arrellenado en un amplio sillón de estos que llaman fraileros, se engolfaba en un fárrago de papeles que por lo que se tiene por averiguado (aunque en verdad no haga mucha falta para el buen desarrollo de las páginas que después siguen) era un embrollado proceso de los muchos que los litigantes cortesanos solían encomendar a su defensa, pues su merced era tenido por tan buen letrado como don Francisco de Contreras, don Diego del Corral, considerados entonces como los más insignes próceres de la magistratura.

De vez en cuando dejaba el señor don Juan Gabriel de mirar los libros y apuntaba en unas hojas sueltas de barbado papel.

La luz de la calle filtrándose medrosamente por la entreabierta madera venía a dar de lleno sobre la blanca cabellera del hidalgo.

Ciertamente que la figura del caballero y el aderezo de la estancia parecían componer un cuadro místico.

Como el buen viejo se envolvía en una especie de balandrán ya fuera de uso y sobre la mesa se veía una imagen del Crucificado, a cuyos pies, oficiando de ara había

una calavera, tomarse pudiera el heterogéneo conjunto por los componentes de un lienzo que la austera maestría de Zurbarán tendría que componer para la celda de algún monje cartujo.

A poco de permanecer en la sombría estancia, se acostumbraba el mirar a la media luz que la envolvía y se veía un vasto aposento severamente amueblado.

Se destacaba en el centro un enorme brasero sin lumbre (que en el tiempo en que se comienza esta relación más de un mes hacía que la primavera hizo su entrada triunfal trayendo las galas que tiene por costumbre). Hacía juego al invernal cacharro una descomunal y pesada badila que muy bien pudiera tomarse por maza de guerra.

En los lienzos que adornaban las paredes había cuadros que representaban pasajes bíblicos y vidas de santos.

De trecho en trecho quebraba el ritmo cristiano la efigie respetable de algún antepasado, priores unos en la honorable orden de la milicia del Rey, y capitanes otros en las sacrosantas y saludables banderas de Cristo.

Recios sillones de cuero y dos añosos bargueños, en el mismo Bargas nacidos, cerraban el marco de la austera decoración.

En la puerta de la habitación sonaron unos discretos golpes, y como señora que los enviaba por delante una humilde y masculina voz que pedía licencia para entrar.

La dio don Juan Gabriel y embocó en el aposento un mozo de servicio sustentando en la diestra mano unos legajos que fue a poner en las manos del caballero al mismo tiempo que le decía:

—Cartas hay de Palencia y de Zaragoza.

—De mi cuñada, la priora, han de ser las de Palencia, llévalas a la señora —dijo el hidalgo.

Don Juan Gabriel rompió luego el sello de las otras y preguntó si no había llegado correo de Cádiz, a lo que respondió el mozo negativamente y tras esto salió dejando a su amo con la estafeta recién llegada.

Apenas quedó solo su merced desdobló el primer pliego, cuyo sello ya tenía roto, y cada renglón que leía se le mudaba el semblante y le castañeaban los dientes, como si tuviese terciana, señal evidente de profundo disgusto, que era siempre como nube anunciadora de horrísona tormenta.

—Más rencillas y sinsabores tiene que darme esta maestranza, que pasos tuvo que costarme el caer en ella —exclamó doblando nerviosamente el primer pliego.

Y rompiendo en seguida él el sello del otro leyó a media voz, sin darse cuenta de que las razones escritas se escapaban por la boca, y decían de esta suerte:

«Excelentísimo señor:

»Dice nuestro padre, San José de Calasanz, que nunca está el hombre más cerca de la perfección que cuando recibe con humildad y evangélica paciencia las tribulaciones y los golpes con que la Divina Majestad prueba el temple del espíritu. Vucelencia, que es tan buen cristiano y pulquísimo observador de los altísimos preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia, está en el justo deber de honrar esta piadosa máxima de nuestro glorioso patriarca.

»Preparado el ánimo con la recordación de este aforismo ejemplar, paso a decirle que ayer tuvimos que padecer una nueva desventura de vuestro hijo, don Félix, y no está lo peor en que nosotros la padeciéramos, sino que se halla su libertad, cuando no su vida, en verdadero peligro, y la honorabilidad de la casa de vucelencia en hablillas y comadreo, por el ilustre apellido que lleva.

»Pensando —confieso, señor, fue con alguna ligereza— que ya don Félix fuese escarmentado de la desdicha pasada, cuando las revueltas de Mayo en que, como vucelencia sabe, tuvimos necesidad de echar mano de todo el valimiento y prestigio de la orden para librarle de las justas iras del señor Corregidor, que a toda costa quería ponerle preso, le permitimos ayer tarde salir por vez primera de la reclusión, en compañía de un hermano lego, fiados en su buen comportamiento mientras el tiempo que duró el suave castigo a que con vuestra licencia fuera forzoso someterle. Pero, ¡ay, señor!, que apenas el desatentado mozo salió a la calle, olvidándose de todo respeto y del santo temor de Dios, burló la guarda del lego y entró en un burdel donde ordinariamente acostumbran a congregarse unos rufianillos, antiguos camaradas de sus pasadas andanzas y correrías.

»No sé qué reales perdidos sobre el infame tapetillo de una mesa de juego y qué agrias respuestas a un príncipe de la Priva y la gallofa, que parece que cobraba el barato a ciencia y paciencia de todos los demás, le hizo meterse en gresca, y de cuchillada en cuchillada tuvo don Félix la desventura de despenar al bravonel de oficio.

»Aprovechándose el agresor del primer revuelo de confusión y espanto, se acogió a la santa inmunidad que Dios y el Rey nos conceden... y aquí está en salvo (mientras el Señor sea servido) de las leyes humanas, pero con la cólera Divina sobre su culpable frente.

»Muy bien se le alcanzará a vucelencia (varón justo, de clarísimo razonamiento) cuán difícil y comprometida es tal situación para nuestra venerable casa, tan poco acostumbrada (¡Dios sea loado!) a estos tristes y enfadosos azares.

»Así es que, reunidos en capítulo los padres graves, hemos determinado (después de muy amplio y combatido consejo) que vucelencia, con toda cautela, envíe por su hijo, mirando como pueda hacerse con menos riesgo de su seguridad personal, y Nuestro Señor, que con sus mismos perseguidores y verdugos fue misericordioso, sin duda de ninguna especie que no dejará de serlo igualmente con esta indómita oveja que se le escapó del redil.

»Al parecer, aún no conocen las gentes la culpabilidad de nuestro don Félix.

»Hasta la fecha no hay ronda que vigile nuestra casa, ni nadie que haga informe de la gente que sale. Esto se me antoja muy favorable para el traslado a la corte de vuestro desventurado primogénito.

»Lamentando mucho en el alma (bien, lo sabe Dios) que tan desagradable nueva sea circunstancia para reiterar a vuecelencia mis respetos y obligaciones, le besa la mano muy humildemente: El Prior Fray Nicasio González».

Don Juan Gabriel, después de tan apesadumbrada lectura se quedó meditabundo por un buen tiempo, y sin dejar el pesado papel de entre las manos convulsas por la ira.

¡Aquel hijo!

Su mirada errante paseaba los ámbitos de la estancia, yendo a parar como fin de jornada sobre la dolorida imagen del Crucificado, y, juntos ante ella los ojos y el pensamiento, esperó como una santa revelación, como un rayo de luz que le abriera camino por entre las tinieblas de un magín atormentado.

Tomó luego muy pausadamente la veneranda efigie y, apretándola entre los dedos nervudos, hechos cintas de desesperación, muy secos los ojos, muy amarga la boca, como bañada también con la hiel y el vinagre del Calvario, comenzó a decir a manera de resignada plegaria aquella sublime rima teresiana, cáliz de un corazón atribulado y joya de su siglo:

«¡Ay, qué dura es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
»Solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero
que muero porque no muero».

Por mucho tiempo después, estuvo el atribulado padre hincado de hinojos a los pies del Redentor...

Se alzó al cabo como si hubiese tenido la revelación que pedía y tomando un pliego comenzó a escribir.

En el aposento no se advertía otro ruido que el nervioso rasgueo de la pluma sobre el papel.

Por la congoja que se reflejaba en el pálido rostro del atormentado don Juan Gabriel, tan contundentes eran las razones que a singular milagro se pudiera tener que la hoja que iba escribiendo no hiciese llama.

Firmando estaba lo escrito cuando de nuevo se abrió la puerta, esta vez sin que desde fuera demandase permiso el que llamaba, y embocó doña Aurora en la estancia.

Don Juan Gabriel ponía empeño en no ser advertido de la inquietud y desasosiego, y para mejor dominarse procuraba hundir la cabeza en la penumbra.

Doña Aurora disculpó la entrada en el estudio de su marido a sabiendas de que pudiera interrumpirte en el trabajo, porque Venturilla, el mozo, le había dicho que había llegado correo de Zaragoza, y como en la noble metrópoli aragonesa no tenían más negocios de cuidado que al hijo don Félix...

El hidalgo miró a su esposa, y sin hablar palabra tomó de sobre la mesa el pliego que acababa de escribir, se le puso en las manos.

La dama recogió el papel inquiriendo con los ojos, pero la faz del licenciado estaba impasible. No había manera de descubrir ni el más leve gesto ni la más pequeña impresión reflejada en la diafanidad de su mirar.

La carta que acababa de trazar su pluma era de un laconismo espartano.

Decía de esta suerte:

«Reverendo padre rector: Mi hijo don Félix, por sus malas artes y peores costumbres, que tocan en infamias, dejó de ser sangre mía. Según me notifica vuestra paternidad, pertenece a la justicia del Rey Nuestro Señor; deber de cristianos es compadecer al delincuente, pero no ampararle.

»Entréguele, pues, vuestra reverencia en mi nombre al Corregidor de esa ciudad y que Dios nos juzgue a todos...».

No hay para qué hacer crónica ni glosa de aquellos dos grandes dolores; el del padre, que sobre todo pone la pureza de su casa y el limpio honor de su apellido, y el de la adolorida madre, que ante todas las bellaquerías y por encima de todas las conveniencias y respetos entroniza su amor.

Mucha grandeza tienen en sí estas dos penas, y mejor es no tocarlas para que el vaho de la vulgaridad no las profane.

Así como en la santa casa de Zaragoza fue recibida la dura y lacónica carta de don Juan Gabriel, no fue menester tomarse el penoso trabajo de dar cumplimiento a lo que en ella se ordenaba, porque, en cuanto el estudiante delincuente se dio cuenta de lo que en su contra maquinaban, se entregó por sí antes de que le empujase la dura mano de su padre inflexible.

En un principio pensó dar nueva ocasión para que anduviesen tras su rastro alguaciles y corchetes; pero, reflexionó después (como quien no tiene bien arraigada la raíz del delito) que ello más fuese en su perjuicio acrecentándole los años de galeras, y así se fue derecho a la primera ronda que columbró a su salida del monasterio.

Se dirigió hacia el alcalde y con el sombrero en la mano parece que le habló de esta suerte:

—Dios guarde a vuesamerced. ¿Acaso busca en estos lugares a quien anda huido de unas cuchilladas y unos tajos que dio en cierto burdel de la Alfarería?

Respondió que sí el funcionario de la seguridad pública, y volvió a decir don Félix:

—Pues aquí le tiene, préndale. —Y extendiendo las manos las ofreció para que las atasen.

El ministro las apartó, diciendo:

—Porque se ve que tenéis conciencia y ello da muestras de que no tenéis que ser mal hombre en el fondo, no os maniararé como es uso, sino os llevaré a mi lado.

Y volviendo la ronda sobre sus pasos, a otros pocos más dieron en la cárcel, que estaba a la vuelta de dos o tres calles, en la misma Alfarería, cerca de donde fue dada la ocasión para el prendimiento.

De esta suerte se entregó a la justicia el mayorazgo don Félix, y de allí a tres o cuatro meses que se vio y falló la causa salió el triste en una cuerda de forzados a remar por seis años y sin sueldo en las galeras del Rey (¡Dios nos libre!).

II

Más de tres años hacía que don Félix de Medina y Pimentel cambiara la limpia ejecutoria, los honrados privilegios y las muelles comodidades de su noble casa por un pelado y duro banco en las galeras del Rey, y el nombre hidalgo y apellido linajudo por el remoquete de *El Marquesito*, como reminiscencia de su pasada condición.

Desde el mismo punto y hora en que cayera en las señoras *gurapas* (que de esta suerte es uso entre la gente ternejal decir a las dichas galeras), parece que se le había amansado notablemente el humor, pues vio que allí servían de muy poco fachendas y desmanes, puesto que andaban ligeros como liebres el cepo y el *corbacho*, y por menos de poco amarraban a un hombre en la barra y a puros latigazos le ponían hecho un San Bernabé, y ¡para que curasen pronto y sin peligro de encono tan apretadas caricias, les fregaban muy bien con salmuera los surcos del nervio retorcido.

Vio nuestro hombre que no quedaba otro remedio que, comportarse bien teniendo por amigo al *alguacil*, por afecto al *cómitre* y por señor al *arraez* si quería acabar vivo el tiempo porque tan contra su voluntad le habían embarcado.

Así y todo, no estaba en él evitar el que de vez en cuando purgara inocentemente culpas cometidas por los demás; pero ya se tiene sabido que cuando entre tal clase de gente no se halla al culpable de una falta, pagan todos por igual para que la fechoría no quede sin castigo, más que antes y después de dar en el culpable paguen muchos inocentes.

La *penca* y el *corbacho* andaban en la nave con la misma diligencia para todos los malaventurados que empujaban al remo.

Cuán pocos eran los que llevando solo dos fechas en el banco no tenían en los enveses reliquias perpetuas de cordobán y nervio de vaca.

Al segundo día de contribuir don Félix al impulso de la nave galeota, recibió la pesadumbre de la novatada con que tuvieron que recibirle sus camaradas.

Le robaron al *cómitre* una tabaquera de corales y la escondieron en el petate del nuevo galeote.

Cuando el administrador de los azotes vino en conocimiento de la desaparición de su joya, la nave toda amenazaba hundirse en los profundos senos de la mar alborotada y bravía.

Hizo formar a todos los remeros sobre cubierta y, mandándoles traer sus hatos, vociferó:

—¡Pobre de aquel a quien le halle la tabaquera, y más pobres de todos juntos si no aparece! —Y comenzó luego el registro.

Más tranquilo que los demás estaba don Félix, porque tenía muy conforme su conciencia de que sus manos no se habían pringado en aquella bellaquería.

Pero pronto se le bañó en nieblas la serenidad, ya que entre los pliegues de su manta apareció lozana y rubicunda como una moza gallega la coralina guardadora del tabaco en polvo...

Ni siquiera tuvo alientos para protestar de su inocencia. Los demás, en tanto (que estaban en el infame secreto), guiñaban los ojos y sonrían bellacamente.

Dos jayanes recios como robles tomaron al infeliz por suyo y, desgarrándole de un solo tirón la camisa de burdo lienzo, le ataron a la picota que en el centro de la nave estaba enclavada.

El *corbacho*, de retorcido nervio, y la *penca*, con púas de acero empapadas en vinagre, crujiéron bestialmente sobre sus espaldas, hasta hacerle perder el sentido.

Así como advirtieron que el infeliz estaba sin gobierno de su persona y, por ende, no podía sentir el dolor del castigo, le desataron y, con estopas mojadas en salmuera, le fregaron las cruentas heridas. Con tan bárbaro revulsivo se le tornó a la vida, pero fue para ponerle en las mismas puertas de la locura.

Le zambulleron en seguida en la *barra* y así pagó el triste la novatada como forzado de Su Majestad.

Cuando se le alzó la pena, que fue de allí a dos meses, todos le admitieron como uno más en la camaradería, y de allí adelante parece que no hubo tropiezo alguno digno de ser tomado por crónica en los puntos de la humilde pluma que va trazando estas líneas.

¡Cuántas veces durante su legal cautiverio se acordó don Félix del bien perdido por las intemperancias de un carácter que de lleno se le entraron por las zahúrdas del mal y los laberintos del pecado!

En medio del desierto de los mares, ¡cómo añoraba aquellas ollas de Egipto...!

Durante este tiempo, ni una sola vez siquiera tuvo para mitigar sus pesadumbres el consuelo de una carta que llegase de manos de los suyos.

No se dijera si no que le habían borrado del mundo de los vivos, y en su casa no quedaba ya ni el recuerdo de que existió un día, aun siendo como había sido el baldón de tan linajuda y honrada familia.

Sin embargo, de este abandono, don Félix no tenía más que un solo pensamiento, que era el de cumplir su condena como bueno, sufriendo burlas y vejámenes de los demás forzados, a los que no respondía por no aumentar su esclavitud.

Tan pronto como el Rey le hiciera libre, correría a cobijarse entre los brazos de sus padres y hermana, de quienes no dudaba que al verle tan otro y con tan sinceros propósitos de enmienda y regeneración, le acogerían clementes para cerrarse luego como una fortísima argolla de cariño

No ya tan solo contaba los meses, sino los días y aun las horas que faltaban para que la ley alzase su férrea mano y le dijese:

—Ya purgaste tu culpa; vuelve, si puedes, a ser hombre honrado.

Las mercaderías y el oro de Indias, que a España llegan como tributos y ofrendas al Señor, traen los arrestos de centenares de hombres que sudan sus delitos amarrados al remo, y, cuando a las horas crueles de bogar les acucian las pasiones y los odios, dicen que las gigantescas naves acortan rápidamente las distancias, como si sobre las hinchidas lonas se desencadenaran todas las hojas de la rosa de los vientos.

De los forzados remeros, unos ponen en su empuje las penas; otros, una oleada de sangre vengativa y alguno un cariño muy hondo en el que nunca más podrá mirarse porque la condena que sufre es más larga que la vida que le resta.

Y la nave (que suele estar bautizada con el nombre de un bienaventurado que se sienta a la diestra de Dios Padre) surca como una exhalación las inquietas y espumosas aguas al recio impulso de tantos martirios del alma trocados en energía...

Como la mayoría de los que en pago de sus delincuencias van sujetos al remo con mucha justicia y son gentes hechas a este mal vivir, tanto que parece que cuando de él salen no gozan de salud ni de tranquilidad, acompañarse suelen en los ímpetus con gallofas coplas de mucho donaire que traen todo el aroma de la jocunda briba.

Unas son crónica de sus pesares y desventuras y en ellas se trae a cuento el mal capítulo que les llevara a servir sin sueldo a Su Majestad en el banco de una galera.

Otras son puros romances de germanía en los que se cuentan hazañas de hombres duros y bravoneles, que por premio y homenaje a sus méritos van a ocupar también un puesto en las *gurapas* o en las minas del azogue, pues ya es sabido que no solo se cumplen años de cadena empujando las naves que van a Indias, sino estrujando las entrañas de la Tierra, chocheando en las almadrabas y descargando las salinas.

A veces sirven las coplas y los romances para entenderse entre ellos, y son retos y agravios que no llegan a la clara comprensión de los guardianes, porque con ser ellos tan bellacos y follones que bien podían sin menoscabo de la conciencia relevar a los otros, no lo son tanto que sobrentiendan la *germanía* como el romance.

Por esto, dándoles licencia es una verdadera *Babel* toda la parte de la embarcación en donde asientan los remeros, los cuales en cuanto entienden que tocan a cantar no dejan la coplilla de la boca.

Si es llegada la hora, de la melancolía, se acuerda cada cual del suelo en donde nació y allí es el engarzarse en coplas. Las serranillas castellanas, estas que desde Buitrago a Lozoyuela, después de haber tomado los aires fríos del puerto de Guadarrama pasan a Segovia y llegan hasta Palencia, traen con la rudeza de la gañanía el alma madrigalesca de aquel prócer poeta que fue en vida don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana.

Confundidas con estas se oyen las suaves y melodiosas tonadas que llevan en el ritmo y en la conseja la tristeza de un cielo y la agradable frescura de sus montañas.

Tengo para mí que de uno de estos bigardos astures que reman tan contra su voluntad en las galeras reales tuvo que salir en alguna noche limpia y serena de estío, buscando en la república celeste la estrellica que más brillara, como si ella fuese el norte de su camino, aquella letra que los nobles nietos de Pelayo cantan con unción y fe de salmodia:

«Santa María,
en el cielo hay una estrella
que a los asturianos guía...».

III

Como sobre ascuas pasemos, lector amigo, estos años de tormento en el purgatorio de las galeras, que limpiaron mucho mejor de lo que se pudiera esperar el pasado levantisco del alegre e inquieto don Félix, pues por lo que parece no era la sangre noble que por venas corría quien le ordenaba las destemplanzas y los delitos, sino las locas fogosidades de la inexperta mocedad.

Pasemos (pues presumo que ya me tienes dada licencia para ello) aquellos tristes días y vengamos, al tiempo bonancible en que, por el advenimiento al trono de España del último vástago de la casa de Austria, tuvo indulto de la mitad de la pena para los que no estuviesen *condenados* a más de dos lustros.

Tan consoladora merced le alcanzaba de lleno al primogénito de don Juan Gabriel...

Una tarde del abril florido, dejó las playas de Marbella y echó a andar hacia su tierra castellana sin más compañía que la de un humilde hatillo puesto en el cabo de un palo y la de los buenos propósitos que por la mente le rondaban.

Una vez que estuvo libre del remo y del grillete, no quiso más trato con gente que fuese esperanza o desperdicio de las galeras por miedo a tornar a bogar en ellas, y con obra de doscientos reales que de limosnas vino a reunir durante su legal cautiverio, emprendió la jornada con el alma limpia y el corazón alegre, porque tenía la libertad por señora.

En el forro del jubón, junto a un bordado escapulario que llevaba con la imagen del Arcángel San Rafael, abogado de los caminantes, cosió la bolsa de sus ahorros para que no corriera peligro, y echándose al hombro su flaca impedimenta emprendió el ansiado camino.

Todo aquel loco desorden que era su natural cuando viniera a caer en las garras del delito se habían a este tiempo trocado en juicio y medida, y así con los mismos pasos que daba tenía cuenta hasta el punto de que, en unas flojas de papel, cosidas con el mismo hilo que en el banco de la galera se remendaba la deshilachada ropa, llevaba anotada la crónica diaria de su viaje y cada noche, antes de recogerse al sueño, tenía muy buen cuidado de asentar en ellas el balance cotidiano.

El cuadernillo tenía después de una resobada cubierta de pergamino sin curtir (por lo que parece, arrancado de algún libro de rezos) una hoja con esta razón escrita en letra de esta que llaman procesada y la entiende el diablo y a veces quien la escribe.

Breviario de mi jornada desde las playas de Marbella al mar sin orilla Corte, retornando al amor padres y hermana y a la paz Señor si Él fuese servido.

«No quiero fijarme en las tierras que ando ni en las gentes que encuentro en esta vía que voy haciendo desde el Purgatorio al Paraíso, que purgatorio, ya casi tocando las lindes del infierno, son las galeras que dejo en el puerto, y paraíso, el honrado hogar hacia donde me llevan el alma, la voluntad y la sangre.

»¡Dios me le conserve tan honrado y feliz como antaño era, antes de entristecerse por mi culpa!

»Al anochecer de hoy llegué a este pueblo, último de la serranía andaluza.

»En el camino me topé con las gentes que volvían de las labores del campo y preguntándoles si el lugar era villa o aldea, me respondieron que villa y muy honrada, famosa en la correría contra la malaventurada raza morisca, puesto que en ella se mataron más infelices de aquella especie que en toda la comarca.

»Les pedí informe de la posada más tranquila que hubiese, pues vengo —les dije— de cumplir un voto en la Rábida de Huelva y hasta tanto que llegue a la corte necesito recogerme todas las noches en el mayor apartamiento para hacer penitencia.

»Un zagalón, alto y fornido como un castillo, se destacó de sus camaradas y convecinos y se ofreció para acompañarme a una que había al otro lado del pueblo, junto a un cristalino y manso riachuelo.

»Por Dios que no mintió en ensalzarme la quietud de la posada, que nadie había en ella más que el ama y una sobrinica como de quince abriles, de no mal parecer pero de cortas razones.

»No hay en este patio, que es pequeño y bien acondicionado, ese ajeteo peculiar de las posadas grandes, que es remanso de arrieros trajinantes y cosarios. En vez de carros, jamugas y albardas, había tiestos con flores, y por las enjalbegadas tapias subían hasta los barandales de un corredorcillo yedras y campanillas.

»En lo que me aderezaban alguna cosa que cenar y me preveían la estancia, tuve que quedarme en la cocina.

»La huéspeda gobernaba en la república de la lumbrera y las sartenes mientras la zagala hacía leña en un rincón del corral.

»Sentados junto a una mesa, un soldado y un *sopista* traían muy tirado coloquio.

»Los saludé al entrar con las divinas palabras del Ángel y me fui a sentar en un poyo cerca del fuego, ansioso de estar a solas con mis añoranzas, mis pesadumbres y mis fantasías.

»Poco más de diez minutos llevaría abstraído en mis cosas cuando la voz del bachiller me trajo bruscamente a la realidad.

»Me preguntó que de dónde bueno venía y qué clase de negocios me traía por allí.

»Respondí lo preciso y conveniente para no pasar plaza de descortés, pues no era cosa de decirle al primero con quien topase cómo venía de ser carne de *gurapas*.

»Me invitó con licencia de su camarada a acercarme a la mesa, y, aunque de no muy gusto, acepté.

»Apenas tomé asiento junto a ellos, comenzó el bachiller a mirarme muy de hito en hito, mientras el soldado se entretenía en someterme a un verdadero interrogatorio.

»Yo, con alguna simpleza, temiendo algún mal si callaba, dije mi verdadero nombre y condición de mi padre, mas, dejando en el arca de los secretos las fechorías pasadas y etapa de remo, encubriéndolo con la ya usada disculpa del voto prometido en la Rábida.

»Apenas en los oídos del estudiantazo cayera el honrado nombre de mi padre, se me vino como torillo querencioso y comenzó a hundir la posada con voces en las que iban ensartadas tales razones:

»—¡Válgame Dios!, mi señor don Félix, que en más tengo el hallaros que el alcanzar la vida eterna después de esta, mortal y pecadora. Conque, ¿sois vos el hijo de mi tío, don Juan Gabriel, que mil años viva? Mire, señor compadre (¿y quién pudiera augurarme esta buena ventura?), que este es aquel mozo de quien tantas veces le tengo hablado, el mejor retoño que nació de tronco de los Medina.

»Y me aturdía que no me dejaba.

»Refirió de mi padre y de mí mil cosas que yo ignoraba que nos hubiesen acaecido a ambos.

»El militar decía que mucho se me adivinaba por la traza el ser persona de condición.

»—La cena tarda más de lo que debe (interrumpió el *sopista*), y si no les pareciese mal a vuestras mercedes, como tendremos que hacer mesa redonda, soy de opinión que la empecemos jugando un poco de *parar* o algo de *presa y pinta*.

»Admitió él militar.

»Yo puse un poco de reparo, diciendo que el juego es tentación del demonio, aunque la verdadera causa no era otra sino que yo llevaba los dineros justamente precisos para llegar a Madrid sin grandes apuros; mas tan sanas y prudentísimas razones atajadas fueron por el taimado aprendiz de la ciencia universitaria, diciéndome que jugando sin codicia y con temor de Dios, no llegaban las garras de Satanás ni al pelo de la ropa.

»Apoyó el de la espada tan aquietadoras razones, al fin, muy contra mi voluntad y, por no parecer hombre de menos, tuve que acceder.

»De entre los pliegues del raído manteo estudiantil cayó sobre la mesa el *desencuadernado*.

»Se hizo sobre él la señal de la cruz ni más ni menos que si fuese pan de Dios y se comenzó la negra partida...

»Las primeras manos, por consentirme, me las dejaron ganar, pero tras ellas comencé a perder tan a menudo que conocí que a dos envites más podría volver el forro de la faltriquera sin temor a que cayese de ella un solo ochavo.

»Vi que con aquella gente no valía el hacer juicios de hombre honrado, pues me desollarían como a otro san Bartolomé, y como la necesidad, que no las inclinaciones de antaño (ya tan dormidas que pudieran tenerse por muertas), me forzaban a ser maestro en floreos, lo puse por obra como en mis *buenos* tiempos.

»A tres manos que di, se me quedaron todas las cartas grabadas en el tacto, y de allí adelante fueron imán poderoso de las bolsas contrarias.

»Ni la sombra de un real para remediarse en aquella noche les quedó a quienes pensaban triunfar a mi costa.

»Me causaron compasión y mandé a la posadera que les diera de cenar por mi cuenta.

»Después, poniéndoles amigablemente las manos sobre los abatidos hombros, les dije de esta suerte:

»—Vuestas mercedes han querido buscar mendrugos en cama de galgos, o de otra manera, fueron por lana y volvieron trasquilados. Para otra ocasión que se les ofrezca, si se quieren bien y no tienen más vista, usen anteojos. Ni usted, señor estudiante, nos ha oído nombrar a mi padre ni a mí en todos los días de su vida, ni es pariente nuestro, ni

sabía que tales andábamos por los caminos del mundo. Quiso burlarse a mi costa y mire cómo le ha respondido la burla; si así le acaece en muchas, poco medrará en el oficio. Uno y otro den muchas gracias a Dios a que tengo voto jurado de ser hombre de bien, que si me diera el naípe en ser quien yo solía, a fe que de este hallazgo les tuviera que rascar para muchos meses...

»Tan corridos quedaron que no se atrevieron a responderme palabra...

»Como vi que ya la linda moza de los quince abriles me tenía aderezada la mesa, me alcé junto a la de los pícaros burlados, y me fui a ocupar mi puesto en ella.

»En lo mejor estaba de mi sueño cuando, traída desde la calle, me despertó un grato rasguear de vihuelas, que, por lo que parece, era serenata de amor ofrecida a la buena moza de la posada.

»Callaron en un punto todos los instrumentos, como si las cuerdas fuesen ahogadas por una sola mano, y una bien timbrada voz honró los silenciosos ámbitos con este romance:

«Me tiene el alma en un grito
la moza de la posada,
que es la moza más gentil
que pude echarme a la cara.
Si lejos de ella me encuentro
en arrieriles andanzas,
suspiro a chorros por verme
en mi aldea bien amada,
que es en ella dónde tengo
prisionera vida y alma.
¡Por Dios!, que toda la sangre
me bulle que se me escapa
cuando a la moza que quiero
encuéntrola festejada.
Muchas, mi Dios, son las noches,
que el tañer de las guitarras
hasta mi aposento llega
pasando por su ventana,
mi cuchillo cabritero
pusiérales por mordaza.
Hay una copla que dice
—quien la compuso malhaya—
que semejan vihuelillas
las mozas de las posadas,
porque a su sabor las tañe
cada viajero que pasa.
Yo juro a Dios que mi moza
no tiene más quien la taña

que el arriero de su vida
con las penas de su alma...».

»Cerró la voz, se oyó el ruido discreto de una ventana y en seguida quedó la calle en silencio y en paz la posada.

»Allá más lejos se oían otros rasgueos y otras coplas de amor.

»Al fin, quedó silenciosa la aldea, y solo ladridos de perros guardianes venían de vez en cuando a inquietar el dulce sosiego de la noche dormida.

»Amaneció Dios. Dejé la cama, pagué a la huéspeda mi gasto y el de los bellacos, di unos reales para alfileres a la linda y callada moza y emprendí nuevamente mi camino.

»No con tan alborotado ánimo y desmedido gozo hizo su salida por las veredas del mundo aquel ingenioso e inmortal hidalgo Don Quijote de la Mancha, que tan felizmente anda en doradas páginas por obra y gracia del mayor ingenio de España, como hice yo esta salida de la posada andaluza.

»La mañana era espléndida, llena de sol, de aromas campestres y floridos, como acontecen ser las de mayo.

»El piar de los pájaros en las frondosas enramadas y en los crecidos trigales, que ya barruntaban el oro de las espigas, el agua mansa de los regatos, que iba a empaparse en la tierra para darle vida, eran como estrofas de un himno grandioso al Creador, y aún se dijera que allá en el fondo de una lejanía quimérica se oían las notas vagas de una música indescriptible, que eran como glosa de aquella insuperable poesía.

»Se respiraba un sosiego, un bienestar...

»La sangre me corría potente por las venas, como buscando un sitio por donde escaparse.

»Era como un exceso de vida.

»Al cabo de una buena jornada, di en un magnífico prado. Mansamente pastaba en él una manada de ovejas.

»A lo lejos, como el plumón verde de un sombrero, se agrupaba la entrada de un bosque.

»Tanta armonía en el color y tanta alegría me anunciaban buen cobijo entre los míos y anduve más de prisa.

»Veces hubo que corrí con ansias de hallarme más pronto entre ellos.

»Nada que en verdad sea digno de perder el tiempo en asentarlos en estos folios me ha acontecido hasta llegar a Manzanares.

»Tan pacíficamente hice la jornada hasta este punto como las anteriores, desde que saliera de las maldecidas *gurapas*.

»Como la bonanza del tiempo lo consentía, caminaba a pie la mayoría de las veces.

»En alguna ocasión me topaba con arrieros que, por muy poco estipendio, me permitían subir en una de las caballerías de su recua, o con algún vinatero de la Mancha, que me hacía un lugar en su carro junto a los pellejos.

»Entre Almodóvar y Ciudad Real, disfruté por algunas horas del coche de un oidor, que venía de Sevilla, en pago de que prestara auxilio al cochero y los mozos a sacar de un bache como un barranco la pesada máquina. Y no otra cosa de más interés me acaeció hasta llegar a la dicha villa de Manzanares.

»Aquí, ¡Dios sea loado!, estuve muy en riesgo de dar al traste con todos mis buenos propósitos.

»Se me puso el demonio tan de frente que no tuve más remedio que hacerle cara si quería salir bien del no buscado trance.

»Ocasiones se le ofrecen al hombre en las que no puede hacerse para atrás sin grave riesgo de que su hombría padezca y arrostrar la mofa y ludibrio de las gentes que no pueden mirarle alma adentro.

»Ello fue en una posada a la entrada de la villa.

»Tomé hospedaje en ella con el decidido propósito y buena determinación de emprender la marcha al clarear el nuevo día.

»Llegué poco después del toque de oraciones, y, así como hube tomado posesión de mi cuarto, dejé en él la mezquina impedimenta y me sacudí el polvo del camino, me salí a la puerta y me senté en un poyo para mirar sosegadamente cómo se ponía el sol al final de la parda llanura...

»Poco más allá, alrededor de una tosca mesa de pino tapizada con una manta vieja, se entretenían cuatro hombres, de no muy buena catadura, en tirar de la oreja al famoso Jorge.

»Al pronto, no hice aprecio alguno de ellos, ni ellos parecieron hacerlo tampoco de mí.

»Continué, pues, abstraído en mis pensamientos y con el magnífico espectáculo que Natura me ofrecía, antes de dejar la Tierra a buenas noches.

»Más parecía aquel plácido atardecer del ardiente agosto que del abril florido.

»Todo era paz y sosiego.

»De lejos se escuchaba el campanileo de las yuntas que volvían del campo y las voces de los mozos acompañando el monótono paso de las caballerías con unas coplas terreras.

»Los perros guardianes, rompiendo el silencio con sus inarmónicos ladridos, y el canto del mochuelo en unos olivares cercanos daban fe de que la noche se acercaba a todo andar.

»Cuando más entretenido estaba, del grupo de los jugadores salió una voz que me llamó por el remoquete que los vecinos de banco me decían en la galera. Allá nadie atiende por su nombre de pila. Cierto es que muchos no lo conocen.

»De momento, toda la sangre me saltó en las venas como si fuese materia inflamable y le hubieran aplicado una tea encendida, pero hice un esfuerzo supremo y supe contenerme, como si no fuese conmigo.

»La voz insistió.

»—*Marquesito* —que así me decían los galeotes.

»Viendo que aún callaba, a pesar de tan obligada razón, se acercó a mí y me examinó muy despacio.

»—Pues, ¿no venís vos de las galeras? —me preguntó.

»Le respondí yo que, sin duda alguna, me había confundido, que me mirase bien y tuviese más cuidado para conocer a las gentes, puesto que, viéndose confundidas y de tan mala manera, no todas aguantaban tanto como yo.

»Volvió a replicar que ante un santo Cristo juraría, sin temor de condenarse, cómo era cierto el haberme tenido por compadre del remo y él *corbacho*, pero que si ahora no quería reconocerle nada se le daba, que de desagradecidos estaba el mundo lleno. Con todo, si quería echar una mano hasta la hora de la cena se admitiría en la ronda con muy buena voluntad.

»Mi primer propósito fue negarme por ahorrar complicaciones en la jornada de regeneración que con tan pocos tropiezos llevaba emprendida, pero no sé qué gesto despectivo me pareció advertir en los otros, como queriendo decir que, por infeliz y apocado, me dejase, que me pareció que era menos hombre si no aceptaba el envite, y ocupé en la mesa tahuresca el lugar que se me ofrecía.

»Jugaban bien aquellos bellacos, e iban todos como lobos carniceros sobre una ovejilla mansa a ver de qué forma la desgaban con más garbo, pero era poca toda su industria gallofera contra la que yo traía aprendida de antes de dar en las galeras, aunque allá no quise emplearla por no enredarme más a los pies la cadena y no pegarme más el remo a las manos.

»No lejos de nosotros, acurrucada en un rincón, había una mujer de razonable rostro, pero nada bien compuesta, a usanza como morisca.

»Ya había yo reparado en ella de antemano, pero como la vi tan melancólica y, al parecer, dolorida, no quise importunarla con mirarla, pues, de cuando pasé mis murrias en el banco de la nave me acordaba de que para el que sufre y está lejos de los suyos no hay más consuelo que el reposo y la devoción de su propia pesadumbre.

»Mas luego pude ver que la tal hembra era cosa de aquel que se las daba de haberme tenido por camarada en el remo, porque en el transcurso de la partida la habló dos o tres veces, y ninguna con buenos modos.

»La fortuna no correspondió a las intenciones del que me convidara a la batalla de naipes, y al cabo me alcé santamente con el dinero de todos.

»—No me pesa —decía aquel— por los dineros perdidos, que, al fin, la moneda del rey se ha acuñado redonda para que corra con más ligereza, sino de que me los haya ganado un simplote como vos; y diera algo bueno por seguir la partida, que yo os ¡juro a Dios!, como soy hombre de bien, que os dejaría más en cueros que cuando os echaron al mundo.

»Y volviendo la vista en su torno, exclamó, como si una grande y salvadora inspiración le atacara de súbito:

»—¿Queréis jugar sobre prendas?

»Yo, que ya estaba en traza para divertirme con la desesperación de quien se había propuesto holgarse tan a mi costa, le respondí que sí jugaba.

»A mi respuesta, se alzó de la tajueta en que estaba sentado y yéndose hacia aquella mujer, la asió bárbaramente y, casi arrastrándola, la trajo hasta los pies de la mesa.

»Yo, que vi esta incivilidad, comencé a soliviantarme e iba a contenerle, pero antes de que tuviese lugar decir palabra prosiguió él:

»—Esta barbilinda, que no es mala pieza, se la tomé a un contrabandista argelino, a cambio de ayudarle a espantar a unos bandidos que querían llevarle la mercancía que contrabandeaba por la sierra de Almería. ¿Hace la buena pieza contra veinte escudos de oro?

»A todo esto, la infeliz, llena de espanto y congoja, se asía a las patas de la mesa y aun a las del mismo rufián.

»No fui hombre para contener la indignación por más tiempo.

»De dos codazos aparté a los otros gallofos y, acercándome a mi antiguo camarada de remo, asiéndole tan reciamente por el cuello que casi vine a ponerle su mala vida en el zaguán de los labios, le dije:

»—¿Es esta manera de tratar a una mujer? La vida te tendré que arrancar si ahora mismo no besas la tierra que ella pisa y le pides perdón.

»Y, sin darme justa cuenta, apretaba la mano de tal suerte que el bellaco fue doblándose hasta caer en el suelo y dar con los labios en los pies de la triste moza.

»Sus ojos, grandes y negros como la pena que ensombrecía su alma, se alzaron hasta mí y sus labios se movieron para implorar:

»—Gracias, señor, quien quiera que seáis, pero dejadle ya, que no valgo yo tanto.

»A la suave armonía de aquella voz, solté al galeote y acudí a levantar del suelo a la dolorida; pero, ¡malhaya la casta de los traidores! De pronto, sentí en la espalda un frío intenso que parecía entrármese hasta la misma médula y caí de espaldas...

»Aquel mal nacido aprovechó el momento en que yo estaba descuidado atendiendo a su desventurada víctima, para alzarse cobardemente y clavarme una de cachas amarillas, que por más de dos meses me tuvo entre la vida y la muerte.

»Cuando vine a conocimiento de mi triste estado me hallé en la cama de la posada, teniendo por enfermera a la pobre mujer.

»Apenas hecho el mal recado, huyeron los malandrines sin cuidarse de ella y, zafándose de la Santa Hermandad, parece que se adentraron en la serranía.

»La infeliz mora, que, por ser oriunda de aquellos a quien arrojó de España la piedad mal entendida de Felipe III, hablaba muy bien el castellano, no quiso separarse de mí, por ser ocasión inocente de mi desgracia, y se propuso atenderme como hermana solícita hasta que me viera tan bueno y sano como me viera en aquella tarde de tan mal recuerdo para ambos.

»—Y, ¿cómo habéis podido quedaros —le pregunté—, según la pobreza en que, sin duda, os dejó aquel miserable?

»—Ese milagro —respondió— lo ha hecho la caridad del huésped, que, a un mismo tiempo, se compadeció de nosotros dos y, por no entorpecer vuestra marcha tan pronto como sanéis, ni aun quiso enterar a la Justicia, que os llevaría a un santo hospital y después os sacaría los dineros.

»Mejoré, al fin, y quise partir llevándome a mi enfermera.

»Ella dijo que consentiría con tal de que la dejase en el primer lugar que hubiese un monasterio de esposas del Señor, pues hacía mucho tiempo que abrigaba la idea de abandonar la religión de sus padres y abrazar la de Cristo.

»Hice como me pedía, y caminando como verdaderos hermanos, llegamos a Cuenca, y encomendándola a la caridad del obispo de aquella diócesis, la dejé en vías de cumplir su piadoso propósito...

Al llegar a este punto, hay un claro en las memorias que don Félix iba escribiendo de su vida, pero el cronista, que le siguió muy de cerca y no perdonó el enojoso revolver de papeles viejos, ha llegado a averiguar, que, al salir de Cuenca, extravió el camino y de tumbo en tumbo, no se sabe por qué intrincados caminos, fue a dar en la imperial y memorable metrópoli toledana.

El percance de la estocada y el impensado extravío acabaron con sus ahorros y llegó a la metrópoli de las Españas pidiendo limosna, y aquí le fue preciso acomodarse al servicio de un hidalgo muy extravagante y cicatero.

Como ello trajo por cabo un donoso sucedido, con que el mozo supo halagar la misantropía y disimulada miseria de su amo, el que esto escribe se ha creído en el caso de formar capítulo aparte.

IV

Don Félix era hombre que sabía amoldarse a las circunstancias, y así después de pasadas las fatigas de las *gurapas* no había cosa que le pareciese demasiado fuerte.

El que por la hidalguía dé su cuna nació para ser servido, apechugó con la carga de la gentileza con tanto garbo como mozo astur que no tuviese más porvenir.

Su amo, aunque cicatero y nada espléndido en dares, no era tampoco de aquellos que con tanto donaire andan en los tratados de la vieja picardía española de la que fueron priostes Quevedo, Espinel, Vélez de Guevara, Mateo Alemán y Castillo de Solárzano.

Más que otra cosa, era un hombre raro y egoísta. No tenía más amor que su persona, así es que en su casa no se pasaban privaciones como en la del Dómine Cabra.

El ama de llaves y don Félix, que eran los únicos criados, no sabían qué cosa eran ayunos, como no fuese los días de precepto, que el hombre era muy buen cristiano.

Acaeció que un día, contra costumbre, porque en aquella casa jamás se recibían noticias de nadie, llegó una carta que traía la posta de Cádiz.

Gran confusión produjo el fenómeno al hidalgo don Lucas (que este era el nombre de su merced).

Por mucho tiempo tuvo el pliego en las manos dándole vueltas de una a otra, sin determinarse a rasgar el sobrescrito.

Si ya no había en la Tierra quien se acordara de él ni aun para encomendarle a Dios.

Al fin, como quien toma una resolución heroica para la que tuvo necesidad de reunir todas las energías de la voluntad, rompió los sellos de cera y salió a la luz la indeseada misiva...

Era de un primo de su merced, que en fecha lejana partió a Indias y ahora, lograda ya su fortuna, volvía a España, donde no tenía más parientes que el misántropo don Lucas.

Otro que no fuese él se refocilara en extremo viendo que se le entraban por las puertas quien pudiera acrecentarle la hacienda, mas nuestro hombre se puso de un humor de todos los demonios, porque aquella visita inesperada truncaría sus costumbres teniendo, por cortesía, que forzar su vida ordinaria.

Cuando don Félix (que trocado había su nombre hidalgo por el de Morata, como criado de comedia) entró en la estancia de su amo, le halló en la mala guisa que se ha dicho, y con el malhadado papel todo arrugado en la diestra.

Como por su buena inclinación tenía ganada la confianza del receloso viejo, tan pronto como este le vio, le dio noticia de lo que *se les venía encima*.

El *mozo* hizo un gesto apicarado y exclamó:

—Si vuesamerced me da licencia, yo sabré librarle de su primo bien pronto y no en mala forma, si no tan finamente que aún ha de quedarle agradecido y apartarse de aquí echándole mil bendiciones.

—¡Eso, sí! —arguyó don Lucas—, por ser quienes somos ambos, yo no puedo recibirle de mala forma, antes tengo que pasarme con él de cortés y amable.

—Pues déjelo, señor, de mi cuenta y no más de día y medio a lo sumo será huésped de su pariente.

—Mira que do que sea has de prevenirlo pronto, pues, a más tardar, en la semana próxima le tendremos aquí —dijo el hidalguillo, confiando por anticipado en la buena industria de *Morata*...

Pasaban los días y cada uno de ellos era una gota de acíbar en el sosegado y placentero vivir del señor don Lucas.

Se levantaba de la cama media hora antes de lo que tenía por costumbre, con que había días que dejaba la placidez de las sábanas cuando era noche cerrada.

Comía sin apetito, paseaba poco y en las cotidianas partidas de mediator, con un canónigo, que era la única visita que admitía, así como durante el santo ejercicio del *rosario*, estaba distraído, con lo que repetidamente perdía jugadas y trabucaba el orden del rezo, siendo una cosa perjudicial para su faltriquera y la otra nociva para el buen gobierno y salud de su ánima.

No faltaban más de dos días para la llegada del inocente forastero, cuando don Félix, a tiempo de ayudar a vestir a su amo, le dijo:

—Aderece, señor, ese semblante como si con el primo que llega le vinieran todos los galeones de Indias abarrotados de oro. Vuesamerced —continuó el fámulo mientras sudaba la gota gorda para calzarle— reciba al señor pariente como si le estuviera esperando con los brazos abiertos y no tuviese otro *pío* que el de verle entrar por esas puertas.

—En tus brazos me echo —replicaba el viejo—; pero mira que te encargo que lo que trames (que a tu buena discreción lo dejo) no lo lleves con tanto ahínco que pueda dejarme en entredicho.

Magnífica era la estancia prevenida al indiano. Mejor dispuesto y alhajado no quedara si esperase guardar entre sus cuatro paredes a un príncipe de la sangre.

La sola falta que se le pudiera encontrar es que no recibía luz alguna de fuera.

La más ardua labor de don Félix consistió en cerrar muy bien todas las ventanas y embutir en las rendijas trozos de fieltro apretado de tal suerte que ni el más tenue rayo de luz pudiera entrar furtivamente en el aposento.

Y llegó el forastero mal deseado, donde él esperaba que le esperarían con los brazos y el corazón abiertos.

En los primeros momentos así pareció, pues su egoísta pariente, por mejor disimular, no tuvo extremo que no hiciese ni friega a la que no se creyese obligado.

Y como el hombre dijese que venía muy cansado del viaje, se retiró a descansar.

Y este fue el instante en que le tomó de su parte la picardía del improvisado *Morata*.

Una vez que le dejó en la cama le dijo, señalando una campanilla de plata que le puso al alcance de la mano.

—Si vuesamerced quiere alguna cosa, no tiene más que llamar y acudiré al instante, pues yo duermo en la estancia próxima. Que Dios le dé buena noche.

Y salió refocilándose anticipadamente del resultado de su estratagema.

El sueño no fue sordo a los requerimientos del molido viajero, quien, tan pronto como sintió su cuerpo acariciado por la tibieza de las sábanas, quedó (según la gráfica expresión del vulgo) hecho un tronco.

Cuando ya el cuerpo pareció satisfecho y todos los miembros que había aflojado el cansancio de la jornada quedaron bien templados, abrió los ojos.

Había dormido mucho.

Sin duda era ya cerca del mediodía.

Miró hacia donde hizo memoria de que caía la ventana y no dejó de causarle extrañeza que no penetrase ningún rayo de luz por las rendijas de las maderas.

«Sin duda, me he confundido y el mismo cansancio que traía me ha desvelado — pensó—, y se arrebujo nuevamente».

No pudiendo volver a quedarse dormido, echó yescas y encendió la luz.

No pudiendo persuadirse de que fuera noche, cuando según sus cálculos tendrían que ser más de las tres de la tarde, circunstancia que también comenzaba a advertirle el estómago, asió de la campanilla y de allí a más de un cuarto de hora apareció el taimado lacayo en bata de dormir y con una luz en la mano.

—Pero ¿aún no es de día? —preguntó el hidalgo, lleno de asombro, viendo a *Morata* en tal guisa.

—¿Que ha de ser, señor? —respondió este—. ¿No ha oído vuesamerced dar las doce de la noche en la catedral?

—A fe que nada oí —replicó el preguntado, y era lo cierto, porque tan bien cerradas estaban las maderas que ni el más leve ruido llegaba hasta aquel apartado rincón.

Como el burlado sentía necesidad, pidió alguna cosa con que engañar el hambre, que ya iba siendo atrasada y, tras lamentarse don Félix de que aquella hora no podía servirle cosa caliente por estar apagado el hogar, le trajo un poco de queso y un cantero de pan duro.

Tras ello se fue, volviendo a desear muy buena noche al forzado durmiente.

¡Si este hubiera podido ver con qué alegría alumbraba el sol toda la campiña toledana...!

No hacía sino dar vueltas en la cama.

De continuo tenía puestos los ojos en la ventana, para, así como viera un hilillo de luz por sus fantásticas ranuras, *echarse* a la calle.

En esta inquietud pasó más de otras tres horas.

No pudiendo esperar más tiempo, llamó nuevamente y, al cabo de un buen tiempo, volvió aparecer el atruhanado don Félix en la misma guisa que la vez anterior.

—Pero ¿aún no ha amanecido? —preguntó ya frenético el hidalgo.

—No, señor —respondió el fámulo circunstancial, envolviendo sus palabras en un desaforado bostezo.

—No es posible que la noche sea tan larga. Abre esa ventana, me quiero convencer por mis propios ojos.

Ya no había peligro.

Don Félix abrió la ventana.

La noche había cerrado por entero y era obscura como boca de lobo.

—Dame de vestir —dijo el hidalgo, tirándose de la cama.

—¿Y dónde irá vuesa merced a estas horas? —exclamó el travieso lacayo.

—Al infierno, sino hay otro lugar mejor, que no quiero pasar otra noche toledana.

Y, dándole un doblón de agasajo, sin querer pararse a despedir de su pariente, salió el hombre como una exhalación, conque dejó a aquel regocijado y contento de la industria apicarada de su criado.

Si él hubiese querido, allí hubiera podido pasar placenteramente y con pocos menesteres el resto de sus días, pero tan pronto como reunió para comprarse un vestido nuevo con que entrar decentemente en la corte, dejó la servidumbre y sobre la mula trasera de un trajinante tomó el camino de Madrid.

En este punto queda truncado el memorial de don Félix, y prosigue compuesta por ajena mano la crónica de su vivir.

¡Bien estén siempre los libros de memorias, aunque a veces pequen de insinceros, porque siendo como una confesión general del que los escribe, aunque callen los pecados mortales, siempre dejan en los veniales la substancia de una vida y la esencia de un alma!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

En la vetusta casa del hidalgo don Juan Gabriel nada parece haber sufrido la mudanza del tiempo.

Los recuerdos, como les sembró la pena y ahondó mucho los surcos, los sujetan fuertes raíces.

Las cosas, como no tienen corazón y, por ende, ni sienten ni padecen, no se les conoce el estrago de la edad y muestran ahora el mismo aspecto que en los años pasados.

Don Juan Gabriel ya está viejo y achacoso.

Las canas y los achaques no se los dio el tiempo, sino ante las pesadumbres y las contrariedades sufridas, pero más que todo aquel mal paso de su mayorazgo, don Félix.

También doña Aurora muestra el alma dolorida y el cuerpo débil, pero en la devoción buscó consuelo a sus tribulaciones.

Inesica, aquel bizarro capullo de mujer cuando su hermano cayera en la desdicha, es, a la hora presente en que esta segunda parte comienza, una hermosísima dama.

Poco más de tres meses hará que está casada con un rico hijodalgo segoviano.

Poco más sería de las once de la mañana en que el arrepentido don Félix dejaba truncado el memorial de sus jornadas, para retornar a la vida tranquila y honrada de los suyos, donde se imaginaba que cual otro hijo pródigo sería recibido.

No hacía mucho que su merced volviera del Consejo, y se entretenía en repasar unos expedientes por hacer tiempo a que la hora de comer fuese llegada.

En esto iba con mucha parsimonia, como quien más se distrae que estudia, cuando entró un pajecillo a darle razón de que fuera, en la antesala, le esperaba un mozo que deseaba hablar con S. E.

Mandó este que luego pasara adelante el que esperaba, pues no era el bueno de don Juan Gabriel de estos señores finchados y llenos de humo que gustan de dar grandes hartazgos de antesala o de no recibir más que a gentes dé su calidad.

En el ancho aposento embocó con toda humildad el licenciado de galeras.

Al pronto no le advirtió el autor de sus días, tanto por tener el mozo la cabeza inclinada hacia el suelo, como porque al mismo tiempo calaran en la estancia doña Aurora e Inesica con él afán de darle noticia de que don Luis, el esposo de la última, estaba entrando en la corte y enviaba como anuncio un lacayo.

Mandó don Juan que se acercara el visitante y le dijera en que le podría servir.

Alzó los ojos don Félix y los fue poniendo sucesivamente en cada uno de aquellos pedazos de su alma; mas viendo que no le reconocían (tanto se le había mudado el

semblante), se fue hacia su progenitor, y derramando copiosas y sinceras lágrimas de arrepentimiento, le tomó la diestra y se la besó muchas veces.

Madre y hermana fueron a estrecharle amorosamente entre sus brazos, pero quedaron detenidas por un gesto altivo y un ademán enérgico de don Juan Gabriel, quien alzando al mancebo:

—Yo no tuve más de un hijo —le decía, mientras suavemente le empujaba hacia la puerta—, y hace muchos años que me lo llevó el diablo. No puedo hacer más por vos, si como parece, andáis necesitado, que daros este escudo para que os remediéis, y esto mientras os halléis en la corte y estéis falto de socorro acudir a la primera ventana junto al zaguán y se os dará limosna.

Las mujeres lloraban, pero no eran osadas a interponerse.

El desventurado permanecía inmóvil y pálido más que un difunto.

El hidalgo le empujaba tenazmente, y en su faz se pintaba una serenidad tan trágica que ponía espanto en los corazones.

En dolorosa procesión, llegaron todos a la antecámara.

El grave consejero adentró la mano en la escarcela, sacó un escudo y, entregándole a don Félix, le dijo mientras abría la puerta:

—Dios le remedie. —Y, tras de estas secas palabras, cerró, y volviéndose a las doloridas hembras exclamó—: No se olvidé que Luis está al llegar, y no es bien que advierta huellas de lágrimas en vuestros ojos. Curad mucho de que no se le alcance cosa de esto, como no se le ha alcanzado hasta aquí. Siga creyendo que este malaventurado está muerto. Rogad a Dios para que le ayude y le guíe con mano firme por el áspero y saludable camino del arrepentimiento, pero no me roguéis a mí, que nada puedo ni quiero hacer en su favor sino es la caridad que le tengo ofrecida. Fue hoja que se cayó del árbol, y hoja que se desprende no hay tronco que pueda recogerla.

II

La pesadumbre y el desconsuelo de aquel infeliz fueron tan intensos que no sé yo si hubiere pluma capaz de describirlos.

Salió de la casa de su padre con tan gran aturdimiento que los ojos no acertaban a tomar noción de las cosas, y sus pies no tenían noticia del espacio en que hacían asiento para caminar.

Sentía abrasársele el cerebro y helársele el corazón.

Anduvo un gran espacio.

Acaso en su caminar inconsciente transcurrieron horas y no lo advirtió.

Junto al convento de la Merced, en la parte que daba a la calle de Cosme de Médices, se recostó contra la tapia... porque ya las piernas se negaban a mantenerle por más tiempo, y unos muchachos, pensando que era de aquellos a quienes el vino hace alegres, comenzaron a darle vayas y a ponerle mazas procurando aturdirle con aquella muletilla absurda e incongruente, tan en uso entonces entre la chiquillería andante:

*Asistente, daca el diente,
daca la vara del teniente.*

Don Félix ni aun tenía alientos para espantarlos y, por librarse de ellos, prosiguió su camino de amargura.

Llegaba a la plaza de Santa Cruz cuando la baraúnda de muchas, voces le obligó a darse cuenta de lo que a su alrededor ocurría. Vio que por en medio de la calle iba una trágica comitiva de alguaciles y corchetes llevando sobre un asno ético y pelón a un hombre que traía las manos esposadas y las espaldas desnudas, sobre las que la mano recia y pesada de un verdugo descargaba recios y crueles azotes, que levantaban ronchas como cuerdas de las que él había visto en sus tiempos de galeote.

Entró la comitiva por el arco de la Plaza Mayor, y desde el momento en que desapareció a la vista del malaventurado mayorazgo, se le huyó también de la memoria, pues mucho tenía que hacer con atenderse a sí mismo.

Ni siquiera tuvo conciencia de lo que hizo durante todo aquel día. Ya al cabo de la tarde y más por rendido que por necesitado, entró en un mesón de la Morería y comió alguna cosa, de cuyo sabor bien podrá creerse que ni siquiera se dio cuenta

Desde aquel día en que llamó a la puerta de su casa y con tanto desamparo tuvo que ser respondido, muy a su pesar, para poder mantenerse, volvió a la vida entre hijodalgo y príncipe de la briba.

Rondaba la mayoría de los días, pero sin osar nunca llegar a la ventana en donde podría alcanzar socorro.

Dispuesto estaba a sufrir todas las humillaciones por volver al hogar en donde se mecía su cuna, pero no a tanto como a recibir limosna de su misma sangre.

Una tarde se acercó hasta el zaguán, y su estrella, que se fue en el preciso instante en que doña Inés, su hermana, salía con una dueña; intentó esconderse, pero le advirtió la dama y le mandó que la siguiera.

La dueña, vieja y malhumorada (como parecía ser achaque inherente de todas las de su clase), murmuró al oído de su señora:

—Pero ¿otro pobre? ¿No mira vuesa merced que tiene que arruinar la casa con tanta y tan continuada limosna?

Y, volviéndose a don Félix, le despachó agriamente.

—Váyase, hermano, con Dios y Él le ayude, que no hay que dar.

—Déjale por hermano —la replicó doña Inés, apoyando la frase con triste ironía.

Y siguieron un buen espacio los tres por apartadas calles hasta dar en una posada al margen de la Puerta de Guadalajara.

Pidió la dama al huésped el mejor aposento, y en él entraron los dos hermanos, quedando la dueña con sus achaques, su mal humor y su *rosario* de cuentas frisanas en una saleta de recibo...

Al cabo de una media hora, apareció sola doña Inés.

Llamó al huésped y, dándole dinero en abundancia, le dijo que el alquiler del aposento que ocupara aquel caballero con quien entrara poco antes corría de su cuenta.

Mandó, asimismo, que hiciera venir al mejor sastre de que tuviera noticia y que vistiese a aquel caballero como al más gallardo doncel de la corte.

El huésped, más solícito y rendido que si la misma reina le hablara, tomó dinero y encargo; la dama recogió a su antañona dueña y salió, despidiéndose hasta el siguiente día a la misma hora.

No faltó quien viera que, a tiempo de reunirse la señora con la sirvienta, dejaba aquella en las sarmentosas manos de esta otra un reluciente doblón, que sin duda tuvo que oficiar como cerrojo en la desdentada boca de aquella carga de tocas, de años y de tercerías.

III

Las visitas al hermano redimido continuaron a hurtadillas por espacio de una semana.

Un alma *piadosa*, de estas que velan por la vida ajena y suelen dormirse a pierna suelta sin curar de la propia, hizo llegar al esposo de doña Inés esta carta, que más que leer, devoró el hidalgo a la luz de un velón:

«Por lo que importarle pueda a vuesamerced (que él asunto no es menos que cuestión de honra), no estará de más que averigüe a dónde va doña Inés la mayoría de las tardes, que por lo que parece no es precisamente a piadosas devociones, como vuesamerced, con mucha simplicidad, tiene creído...».

Tal quedó nuestro hombre con la lectura del criminal y embustero pliego que no sabía si reducirlo a pavesas en uno de los mecheros del velón o cerrar contra su esposa y acabarla allí mismo sin pedirle ni darle razones, porque la certeza del delito no fuese tan cruel que viniera a mostrarle por entero la verdad de la infamia.

Mas, juzgo que sería más prudente celarla camino del pecado, que mucho él no le dejaría llegar. Su pundonor no tenía aguante para tanto espionaje.

IV

Los tres cuartos para las seis sonaron pausadamente en un reloj conventual, cuando doña Inés, seguida de su inseparable dueña, dejaba la casa de su padre y se encaminaba a la posada de su hermano. Detrás, a muy pocos pasos, amparado siempre por las sombras, seguía el *ofendido* esposo.

Llegaron...

Don Luis se quedó unos momentos al resguardo de un portiguillo, para dar lugar a que no hubiese disculpa. Cuando le pareció que ya era tiempo de que los amantes estuviesen juntos, y no tuviesen medio de ponerse en salvo, entró como una centella atropellando cuanto delante se le ponía. Obligó al huésped que le acompañara al aposento en donde pensaba hallar su honra deshecha, y de un solo y furibundo empujón abrió la puerta de par en par.

Don Félix, como vio que aquel hombre, para él desconocido, se le venía encima con la espada desnuda, asió prestamente de la suya, que tenía colgada por el tahalí en el respaldo de una silla, y paró serenamente el primer envite.

Su hermana lloraba y gemía de esta suerte:

—¡Por el Dios que nos crio a todos, teneos! Ve, don Luis, que este hombre no es otro que mi hermano. ¿En tan poco me estimas que por tan vil me tienes?

Pero el hidalgo, que como ya se ha dicho no tenía la menor noticia de aquel parentesco aparecido de pronto, tomando la verdad como disculpa, arreciaba con mayor furia en la contienda, tanto que, mirando don Félix que el más ligero descuido podría serle funesto, preparó tan recia parada que la hoja enemiga saltó de la mano de don Luis partida en dos.

El desarmado abrió entonces los brazos y, poniéndose al alcance del estoque de su cuñado, exclamó desesperadamente:

—Puesto que ya dos veces me habéis arrancado el honor, quitadme la vida una sola...

La dolorida dama hizo breve relación de la vida de su hermano, cuya existencia, por la desmedida opinión que de la honra tenía don Juan Gabriel de Medina, desconocía en absoluto don Luis.

—Y mirad ahora —finó doña Inés— cómo este desagradable suceso va a florecer en la mayor ansia de mi vida. Volvamos los tres a la casa de mi padre, para que tú, esposo mío, quedes limpio de toda duda y abracés a tu hermano.

Don Félix, temiendo una nueva humillación por parte de su padre, se resistía, pero, al decirle su hermana que negarse era mantener vivo el infame recelo de su marido, pues no había otro medio de probar la causa de aquellas entrevistas, salieron los tres de la posada.

Durante el camino, ninguno de ellos habló palabra. Cada cual iba a solas con su pensamiento.

La hermana temía que ni aun lo acaecido pudiera reducir la terquedad de su padre, que entendía que el ser noble y honrado consistía en parecer recto de pensamiento y seco de corazón; el ex galeote, que aquella nueva entrevista pudiera ser un empujón que le arrojara de nuevo en la vida gallofa y desaprensiva; el marido, que todo fuese una añagaza de amancebados sorprendidos, y al más pequeño descuido se escurrieran bonitamente por cualquier calleja obscura y le dejaran sin honra y burlado...

EPÍLOGO

Terminado el santo *rosario*, piadoso menester en que en casi todas las casas de entonces se empleaba la hora última de la tarde, se hallaban en el estrado el austero y avellanado don Juan Gabriel, su esposa doña Aurora y toda la servidumbre, cuando dos recios aldabonazos asentados en el portón de la calle hicieron suspender el piadoso ejercicio...

Las dudas de don Luis fueron puestas en claro, pero ni en este instante crítico cedía la voluntad férrea y necia del consejero. Ni lágrimas de madre ni mimos de hija bastaban para rendir aquella ruda fortaleza.

Fue necesario que don Luis tomara bajo su patrimonio la persona de su cuñado e hiciera amenaza de responder, a cuantos le preguntaran quién era aquel desconocido, que hijo de un *buen cristiano*, que tenía en más los convencionalismos del mundo que las máximas de Cristo. Diría que, habiendo caído aquel mozo por llevar aún los ojos vendados, el padre, en vez de tenderle la mano y ayudarle a levantarse y curarle de la caída, le daba con el pie y le maldecía, echándole a la perdición eterna, después de hacerle pasar por la justicia de los hombres.

Y con tanta alma parece que hizo su discurso el buen hidalgo que, antes de acabarlo, eran cuantos le oían eslabones de una fuerte cadena que el más puro amor de los amores fue forjando mientras las palabras de aquel buen hombre iban cayendo de su boca, unas veces con las iras del anatema y otras con arrullos de paz.

Cierto que, de haberse dedicado su merced al foro, hubiera sido honra de la toga española, pero no teniendo necesidad por sus cuantiosas rentas, en toda su vida (que no fue muy corta) no se halla que pronunciara más discurso que aquel.

¡Sean todos en la paz del Señor, mientras quedamos nosotros, por muchos años, en la guerra del mundo!

Amén.

Aquí se da fin a la novela titulada *Lo que puede la sangre*.

